

lo único que hace vivir? ¿Cómo devolverás la justicia y la noción del derecho?

No ves aquí nada más que obstáculos, viejas ruinas que es preciso demoler todavía, hacerlas polvo y pasar al otro lado. Nada queda vivo.



LUIS XVI

Por mucho que hagas tendrás al menos el consuelo de no haber matado más que muertos.

El procedimiento del espíritu puro es el mismo de Dios; el arte de Dios es su arte. Su construcción es demasiado profundamente armónica por dentro, para que por fuera lo parezca. No busquéis la simetría de las líneas rígidas de vuestros edificios de piedra y mármol. En un orga-

nismo vivo la armonía es de otra clase, está ante todo en el fondo de los órganos. Es preciso que este mundo nuevo tenga vida material; démosle por comienzo, por primer sillar, la colosal *Historia Natural* de Buffon;



MARÍA ANTONIETA

pongamos en orden la Naturaleza; para ella el orden es la justicia.

Pero el orden es imposible todavía. De la naturaleza que hierve y se anima, surge, como del cráter del Etna, un volcán inmenso. Toda ciencia y todo arte brillan, fulguran... Concluida la erupción, queda una masa enorme, mezcla de escoria y oro: la *Enciclopedia*.

He aquí dos edades del mundo nuevo, dos días de la creación. El orden falta, la unidad falta. Creemos el hombre, unidad del mundo, que con él viene el orden y lo que esperamos ansiosamente; la deseada luz de la justicia divina.

El hombre aparece bajo tres figuras: Montesquieu, Voltaire y Rousseau. Tres intérpretes del justo.

Falta la ley, busquémosla. Acaso la encontremos oculta en algún rincón del globo. Acaso en un clima favorable á la justicia, una tierra mejor que esta produce el fruto de la equidad. El viajero que va buscándola por todo el orbe es el grandiosamente tranquilo Montesquieu. Pero la justicia huye delante de él; es relativa y mudable; la ley para él es una relación de las personas, los hechos y las cosas, ley abstracta y no vivificadora. No devolverá la salud á la vida.

Montesquieu puede resignarse. Voltaire no. Voltaire es aquel que sufre, que ha sentido todos los dolores de los hombres que penan y los ha tomado para él, persiguiendo toda iniquidad. Cuanto han hecho de malo en el mundo el fanatismo y la tiranía, es á Voltaire á quien se lo han hecho. Mártir, víctima universal, fué degollado en la Saint-Barthélemy, enterrado vivo en las grutas de América, quemado en Sevilla, sometido al Parlamento de Tolosa y condenado á la afrentosa rueda con Calas... En estos sufrimientos llora y ríe; risa terrible que destruye las bastillas de los tiranos y los templos de los fariseos.

Al mismo tiempo se destraban las rejas de las cárceles y se cierran las iglesias que se llamaban universales, cada una á sí misma, mientras quería destruir á las demás. Todas caen delante de Voltaire para dejar paso á la iglesia humana, á la universal iglesia que recibirá y contendrá á todos los hombres en la justicia y en la paz.

Voltaire es el testigo del derecho, su apóstol y su mártir. Ha resuelto la vieja cuestión planteada en el origen del mundo. ¿Puede haber religión sin justicia, sin caridad?

VI

Montesquieu escribe, interpreta el derecho; Voltaire llora y grita por el derecho. Y Rousseau lo funda.

Hermoso momento aquel en que Rousseau sorprende á Voltaire agobiado por una nueva desgracia: el desastre de Lisboa. Voltaire, cegado por el llanto, no ve el cielo. Rousseau le levanta, le consuela, le vuelve á Dios y sobre las ruinas del mundo proclama la Providencia.

Más que Lisboa, es el mundo entero el que se deshace. La Religión y el Estado, las costumbres y las leyes, todo perece... ¿Y la familia, dónde está? ¿y el amor? ¿y el niño, el porvenir?... ¡Oh! ¿qué se puede pensar de un mundo, donde el amor maternal ha concluído?

Y eres tú, pobre obrero, ignorante, solo, abandonado, despreciado

por los filósofos, despreciado por los clericales; tú, enfermo en pleno invierno, agonizando sobre la nieve, en tu guarida sin techo de Montmorency; tú, Rousseau, quien quieres resistir solo, escribir, reclamar contra la muerte!

¿Y eres tú, pobre músico, quien va á rechazar el mundo? Tenías un hilo de voz, entusiasmo y una palabra sonora cuando llegaste á París, rico de música y esperanza. Ha pasado mucho tiempo, medio siglo; eres viejo: todo ha concluído... ¿Qué hablas de renacimiento, de renacimiento de esta sociedad agonizante cuando tú mismo no puedes más?

Sí, era verdaderamente difícil, aun para un hombre menos cruelmente maltratado, sustraerse á la general decadencia, no caer en el abismo, donde todo se corrompía.

¿Dónde encontró punto de apoyo el hombre fuerte que se detuvo y se mantuvo firme?...

¿Dónde lo encontró, oh mundo deleznable, hombres débiles ó enfermos que lo preguntáis, hijos olvidadizos de Rousseau y de la Revolución?

Lo encontró en aquello que vosotros habéis descuidado... En su corazón. Sus sufrimientos le obligaron á leer allá en el fondo y allí leyó lo que la Edad Media no pudo nunca leer: *Un Dios justo*... Y aquello otro que ha dicho un glorioso discípulo de Rousseau: «*El derecho es el soberano del mundo*.»

Estas magníficas palabras no han sido dichas hasta el final del siglo; en la revelación es la fórmula profunda y sublime. Rousseau lo ha dicho por boca de Mirabeau, pero la frase no deja de pertenecer por eso al genio de Rousseau. Desde el momento que se separa de la falsa ciencia de su tiempo y de aquella sociedad, no menos falsa, veis esta luz iluminar sus escritos; el deber, el derecho.

Brilla con todo su esplendor, toda su dulce y fecunda potencia en *La Profesión de fe del Vicario Saboyano*. ¡Dios mismo sometido á la justicia! ¡Dios sujeto del derecho!—Digámoslo mejor: Dios y el Derecho son idénticos.

Si Rousseau hubiera hablado en los términos de Mirabeau, su palabra no hubiera producido efecto. Otros tiempos, otras necesidades.

A un mundo dispuesto para obrar el día mismo de la acción, Mirabeau decía: «El derecho es el soberano del mundo y vosotros sois los sujetos del derecho.»

A un mundo dominado todavía, débil, inerte y sin empuje, Rousseau debía decirle y decía: «La voluntad general es el derecho y la razón.»

Vuestra voluntad es el derecho. ¡Levantáos, pues, esclavos!

«Vuestra voluntad colectiva es la Razón misma.» Dicho de otro modo: Sois Dios.

¿Ser Dios? lo imposible se torna posible y fácil... Entonces transformar un mundo es poco; se le puede crear de nuevo.

Y he aquí cómo se explica, porque este débil suspiro escapado del pecho de un hombre, esa dulce melodía nacida en el corazón del pobre músico, nos hace resucitar.

Francia está removida hasta lo más hondo. Toda la Europa ha cambiado. La vasta Alemania tiembla sobre sus viejos cimientos. Critican, pero obedecen... «Sentimentalismo puro», dicen pretendiendo sonreír, pero siguen nuestros pasos. Los filósofos mismos, los abstractores de la quinta esencia, van, á pesar suyo, detrás de las huellas del pobre Vicario saboyano.

¿Qué ha pasado? ¿Qué luz divina posee este hombre para hacer un cambio tan grande? ¿Es la fuerza de una idea, de una inspiración nueva, de una revelación de lo alto? Sí; ese hombre ha tenido una revelación. Pero la novedad de las doctrinas no es en este caso lo que más produce y crea. Hay en ello un fenómeno más extraño; más misterioso, una influencia hasta para aquellos que no leen, que no la comprenderán jamás. No se sabe de dónde viene esto, pero desde que esta palabra ardiente ha sonado y se ha extendido en los aires, la temperatura ha cambiado; es como si hubiera soplado un aliento cálido y vivificador sobre el mundo; la tierra comienza á dar frutos que no había producido jamás.

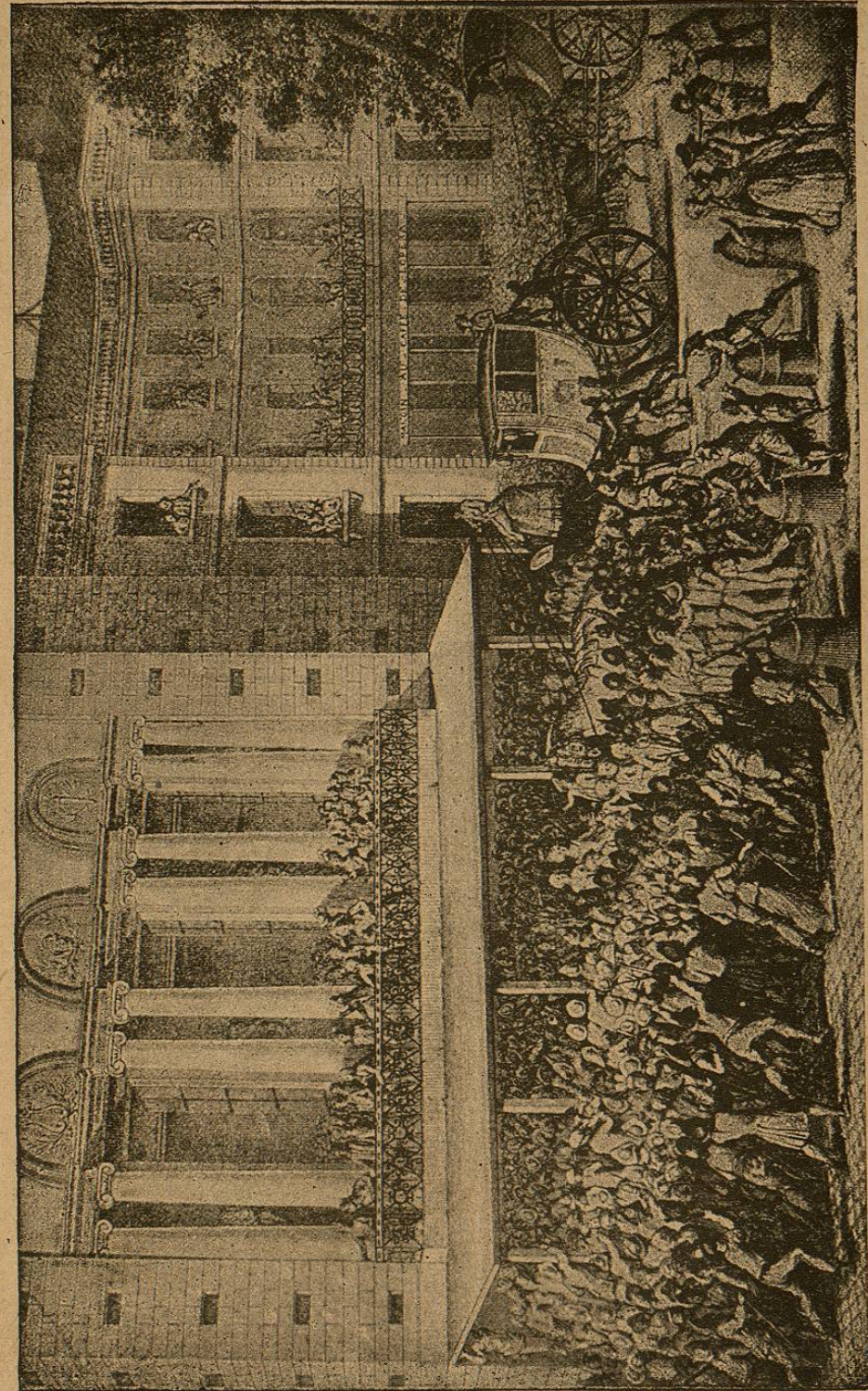
¿Qué es esto? Lo que turba y entusiasma los corazones es un aire de juventud; he aquí por qué todos ceden. En vano nos probaríais que aquella palabra es poco expresiva ó que está llena muchas veces de un sentimiento vulgar. Como es la juventud son las pasiones. Así fuimos nosotros; y si muchas veces volviéramos á los entusiasmos de la edad juvenil, no sentiríamos mejor el encanto dulce y amargo á la vez del tiempo que no volverá más.

Entusiasmo, melodía penetrante; he aquí la magia de Rousseau. Su fuerza tal como se presenta en el *Emilio* y en el *Contrato Social* puede ser discutida, combatida. Pero por sus *Confesiones*, sus *Ensueños*, por su ternura y debilidad ha vencido; todos hemos llorado.

Los caracteres extraños, hostiles, pueden rechazar la luz, pero han sentido el calor. No escuchaban la palabra, pero la música le subyugaba... Los dioses de la armonía profunda, rivales de la tempestad, que cantaban desde el Rhin á los Alpes, han sentido también el encanto todopoderoso de la dulce melodía, de la sencilla voz humana, del canto matinal entonado por vez primera en la viña de los Charmettes.

Esta fresca y encantadora voz se escucha cuando aquel corazón tan tierno hace mucho tiempo que yace bajo tierra. Las *Confesiones* que se publicaron después de la muerte de Rousseau parecen un suspiro de la tumba. Vuelve al mundo, resucita más potente, más admirado, más adorado que nunca.

Este milagro tiene algo de común con el de su rival. Voltaire...



El pueblo hambriento haciendo cerrar la Ópera de París y silbando á la aristocracia. (Grabado de la época)

17087

¿Rival? No. ¿Enemigo? No... que estén para siempre sobre el mismo pedestal los dos apóstoles de la humanidad.

Voltaire, casi octogenario, enterrado en las nieves de los Alpes, agotado por la edad y los trabajos, resucita también. El gran pensamiento del siglo inaugurado por él, debe ser por él recopilado; quien dió la primer nota debe concluir el hermoso cántico del esplendente coro. ¡Glorioso siglo! Merece ser llamado, para siempre, la edad heroica del espíritu. He aquí un anciano al borde de la tumba, que ha visto pasar á los demás, Montesquieu, Diderot y Buffon, que ha presenciado el ruidoso triunfo de Rousseau... Voltaire no se desanima; lleno de vida y joven, toma un camino nuevo... ¿Dónde está el anciano Voltaire? Ha muerto. Pero una voz le ha despertado en su tumba, la voz que le había hecho vivir; la voz de la humanidad.

Viejo atleta, ¿tú mereces la corona?... ¡Todavía eres el vencedor de los vencedores! Durante un siglo, en todos los combates, sin preocuparte del ejército ni de la doctrina enemiga, has luchado sin volver el rostro jamás; por un interés, por una causa; por la humanidad santa... ¡Y te han llamado escéptico!... ¡Y te han acusado de voluble!... Y han creído sorprenderte en contradicciones aparentes de una palabra movable que sirvió siempre al mismo pensamiento.

Tu fe tendrá por remate la obra misma de la fe. Las demás invocaron la justicia; tú la has hecho; tus palabras son actos, realidades. Tú defendiste á Calas y á La Barre; tú salvaste á Sirven; tú hiciste pedazos el patíbulo de los protestantes. Venciste para la libertad religiosa, y antes bien, para la libertad civil, consiguiendo, como abogado de los últimos siervos, la reforma de nuestros bárbaros procedimientos, de nuestras leyes criminales, más criminales que el crimen mismo.

Todo esto es que la Revolución comienza. Tú las has hecho y la ves... Para recompensa tuya, mira; héla aquí; ya hecha. Ahora puedes dormir tranquilo; tu indestructible fe ha servido aquí abajo de punto de partida, antes de que viésemos la tierra santa.

VII

Cuando estos dos hombres murieron, la Revolución estaba ya hecha en la alta región de los espíritus.

A sus hijos, legítimos é ilegítimos, correspondía difundirla, divulgarla de cien modos distintos; unos con verbosa elocuencia, otros en ardiente sátira, alguno fundiendo las medallas de bronce que corren de mano en mano. Los Mirabeau, los Beaunsarchais, los Raynal, los Mably, los Sieyes quieren hacer su obra también.

La Revolución marcha, llevando siempre á la cabeza á Rousseau y á Voltaire. Los reyes mismos la siguen; los Federicos, las Catalinas, los Josés, los Leopoldos, son la corte de los dos jefes del siglo... Reináis,

grandes hombres, verdaderos reyes del mundo, reináis, oh, reyes míos!...

Todos parecen convertidos; todos quieren la Revolución; cada uno, es verdad, la quiere no para él, pero sí para los demás. La nobleza la haría voluntariamente contra el clero; el clero contra la nobleza.

Turgot, ministro de Hacienda, apela á todos y les pregunta si verdaderamente tienen propósito de enmendarse. Todos responden lo mismo: «Que se haga lo que deba hacerse.»

Entre tanto, veo la Revolución en todas partes, en Versalles mismo. Todos la admiten hasta un límite que no les alcance: Luis XVI hasta los planes de Fenelón y del duque de Borgoña; el conde de Artois hasta *Figaro* y él obliga á la reina á que deje representar el terrible drama. La reina quiere la Revolución en su mismo palacio, al menos para los advenedizos y los improvisados; recuérdese que aquella reina, sin prejuicios, despidió á sus grandes damas por conservar á su hermosa amiga, madame de Polignac.

Necker, el hacedor de empréstitos, los mata él mismo, publicando la miseria de la monarquía. Revolucionario por la publicidad, cree serlo por aquellas asambleas provinciales, donde los privilegiados dijeron cuanto era preciso para deshonorar los privilegios.

Le sucede el espiritual Calonne, que no pudiendo salvar el Tesoro público, sometiendo á los privilegiados se decide por acusarlos, entregándolos al odio del pueblo. Y así hizo la revolución contra los notables en tanto que Loménie, sacerdote filósofo, la hace contra los parlamentos.

Calonne pronunció una frase admirable, cuando declarando el déficit, muestra el abismo que se abría: «¿Qué falta para colmarlos? *Los abusos.*»

Esto era claro para todos, y lo único que no lo fué menos era saber si Calonne no hablaba en nombre *del primero de los abusos*, del que era fundamento y clave del triste edificio... En dos palabras; ¿la realeza contiene y ampara estos abusos denunciados por el ministro del rey?

Era evidente que el clero era un abuso y un abuso la nobleza.

El privilegio del clero fundado en la enseñanza y en el ejemplo que daba al pueblo, había venido á ser un contrasentido. Nadie tenía menos fe. En su última asamblea se alborota para conseguir que se castigue á los filósofos, y para pedir esto designa á un ateo y á un escéptico, á Lourénie y á Talleyrand.

Del mismo modo el privilegio de la nobleza era otro contrasentido. No pagaba tributos porque pagaba su espada. Estaba encargada de la leva de vasallos que constituían un ejército indisciplinado, y que fué llamada por última vez en 1674. Continuó dando al ejército la oficialidad, cerrando el paso á los demás en la carrera, haciendo imposible la creación de un verdadero ejército. La administración, la burocracia fueron invadidas por la nobleza. El ejército eclesiástico, en sus altas esfe-